crónicas de infancia

nuevapalabra

JOSE MARIA CUELLAR

CRONICAS DE INFANCIA

Hecho el depósito
que marca la ley.

Primera edición
Dirección de Cultura
del Ministerio de Educación.
San Salvador, 1971

© 1971 por Ministerio de Educación
Dirección de Cultura

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras, Nº 145.
San Salvador, El Salvador, Centro América

JOSE MARIA CUELLAR

CRONICAS DE INFANCIA

Portada de
Antonio Flores Hernández

3

MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

"He preferido improvisar en vez de escribir.
Tal vez es mi idiosincrasia...
Voy a referir a mi auditorio una historia,
una anécdota, una leyenda, un cuento..."

SALARRUÉ.

PROLOGO

ACABO DE PARTIR DE MI MISMO

no soi chema cuéllar
ny soi amigo de nadie
ny tuve una abuela paralytyca
ny soi poeta
ny ciudadano
ny nada
me vale un pyto que nadie se acuerde de my
me llevo a san salvador en el volsillo
i hablo con gentes
que no se conocen
ni me conocen

no ymporta si una puerta se cierra en nicaragua
si una muchacha se declara en santiago
sy una paloma vuela por el yan-se
si el mejor libro se está escrybiendo en lima
no me importa
estoi vacío
solitario como un abrigo de invierno

PRIMERA PARTE

EL ESPEJO A LO LARGO DEL CAMINO

ELEGIA

Fuiste besada hace muchos años, por unos señores que
[ordeñaban
las vacas y colgaban los aparejos en la cocina.
Mientras comías turrones junto al brasero tus labios
[se movían
con hermosas canciones.
Para salir te ponías los mejores trajes, cerrabas la ven-
[tana
te inclinabas en la sombra como para tocar violín
y la oscuridad era dulce como un vestido de noche
y tu belleza acariciaba como el sabor de una fruta.

La polilla agujerea tus mantillas de misa y tus brazos
atormentados por las moscas son fantasmas en la hu-
[medad de
la tierra.
Los espejos quedaron solitarios y tu cuerpo incendió
los pastizales.
Porque tus labios convertían en canción el hervor
de la olla;
y tus palabras se enfriaban cuando la enfermedad
te visitaba.
Ya no había perfume de nardos en la noche.
El patio olía a flores de naranjo.
Los ojos de la gente hurgaban en la casa; querían
[poner
las cosas en otro sitio y llenar de lágrimas la estancia.
Alguno lloró largamente junto a la puerta o tuvo
[accesos.
Llegaron familiares con gallinas y frutos;
tomaron café rodeados de sus hijos mientras alumbra-
[ban
las luciérnagas desde los vegetales.

Tus párpados cayeron como plazuela antigua. (Las
[manos
de ayer se enlazaron con las manos de hoy).
Varios llegaron a ti girando sobre la tierra

y dejaron una carta bajo la puerta; también llegaron
pájaros con su pico de leño a oscurecer la ventana.
La soledad como bata antigua y los perros ladraban
arañando los troncos de la tierra.

Nací en mil novecientos cuarenta y dos si por alguna
[razón mi madre no
ha perdido la memoria.
A los cinco años supe que habían muerto 30.000 cam-
[pesinos porque tenían hambre.
Desde entonces me hice la idea que en mi país tener
[hambre es un delito.
El pueblo en que nací tiene una historia mala.
Dicen que allá por los años de mil y setecientos y no-
[venta y ocho,
un intendente de la Provincia Mayor,
mandó poblar estas tierras con españoles,
y que éstos haciendo gala de su prosapia
cabalgaron indias y más indias como recorrer un tren
[que no termina nunca y viceversa.

Uno de esos descendientes del Cid
cachó a una de mis tatarabuelas bañándose en el río
[Copinolapa
y con una brusquedad de centauro,
hizo que fuera la piedra angular de mi familia.

Floté nueve meses en el vientre de mi madre; apenas
[abrí los ojos
me los vieron azules.
Con el tiempo serían tal como son.
El abuelo se internó en las montañas buscando el co-
[palchí para la leche y el amuleto para el mal de ojo.
Las cuentecitas rojas me las pusieron en la muñeca
[con un cordoncito azul
y ahumaron la esquina oeste de la casa para darme
[larga vida.
Me ungieron de ajos y tabaco la memoria, para
[evitar
alucinaciones de coleópteros y ardores en la piel y me
[chuparon por la boca los malos espíritus.
Cuando pasó el cadejo un viernes en la noche
y asomó su hociquito de cabra por la puerta, ya me
[habían salido cuatro dientes.

La madrugada crecía como mala palabra y mamá se
[lavaba las manos en un lavatorio azul,
mientras me orinaba en el tiesto donde tomaban agua
[los patos.
El perro mordía la sombra bajo los narcisos.
Vamos a Tecoluca dijo mi madre y doblaba mi panta-
[loncito ocre de un solo tirante.
Tenemos que tomar el tren muy tempranito y se nos
[hace tarde.

Un río helado corría por el patio y olía a fantasmas de
[albañal
y desgracia con amoníaco, y madre lloraba silencito
bajo la tapia de la escuela primaria Sor Henríquez.

Mientras iba en el tren, recordé la vez que dormí en-
[tre los muslos de mi prima.

Mi abuela solía sentarse en la puerta del patio a ma-
[tarse las pulgas.
En los últimos años de su vida,
gustó correr tras las arañas de caballo y los ciempiés.
En mil novecientos quince la conoció mi abuelo,
quien usaba saco de dril y bigotitos Káiser.
A las seis de la tarde se paseaba por el parque
para ponerle florecitas en los senos a mi abuela, mien-
[tras la banda
se daba la grande con valses de Strauss.
En 1916,
levantaron la primera casa de familia, pero al año si-
[guiente fue
destruida por un terremoto que no dejó piedra sobre
[piedra.
En mil novecientos treinta y ocho, a mi abuela se la
[tragó la tierra
y llevo años de verla con una golita en la cabeza
en un viejo daguerrotipo.

Cuando murió mi abuelo, no había nacido todavía,
[razón por la cual no
pude ver la sangre que echó sobre las sábanas, ni tam-
[poco asistir a su entierro.
Aseguran que ya para esa fecha no le hacía falta nada,
[y que se murió
porque tenía que morirse;
que medicinas no le faltaron pues a la cabecera de su
[cama se juntaron
frascos de todas partes del mundo, desde la Etantigra
[—remedio para curar
la bebida— hasta las píldoras del Dr. Ross.
Después pude ver el retrato de mi abuelo y por eso
[supe que había
muerto de tuberculosis.
Cuando le conté el secreto a mi mamá casi me pone un candado en la boca pues no quería que se enterara nadie.

El pelo te caminaba como araña por la cara y seguías igualita a tus hermanas en la voz y los canales de la mano.
Alguien tomó en serio tu galope de corazón y la nariz
[aguileña y a los quince años,
recibiste la única carta de tu vida, chorreando agua
[colonia y miel por los cuatro costados.
Desde entonces,

se te fue la virtud de espiar por los cerrojos y de chu-
[parte el dedo gordo y
Josefina, Leonza y Nina, ya no asustaron la ingenui-
[dad de las flores de mayo,
jugando a la rayuela por los caminos de San Isidro.

Si te pregunta alguien dónde naciste, dirás: en un
[pueblecito con casas del siglo XVII y
escrito está mi nombre con una letra, más antigua
que enhebrarle una aguja a la abuela.
Por tus labios sabrán que allí pariste la visión de tu
[padre y el juguete de orinarte como los perros.
Que el invierno endurecía tus párpados y tus ojos en-
[gordaban de ver las mismas cosas. . . :
ventanas con dos metros de ancho y casas del siglo
[XVII.

Calle dormilona olorosa a saltos de mula y carretas.
Los charcos, monedas de plata que no recoge nadie,
y yo en medio,
con el mismo paso que han usado todos y la misma
[palabra
gastada de tanto pasar de boca en boca
como el pan dulce que duerme junto a las moscas y la
[vara española.

Asustándome de los caminos en cruz
y rezándole a Miguel Arcángel para ser valiente con
[los dragones.
Yéndome todas las tardes a mirujearle el sexo a una
[sílfide de mármol
en el parque central;
con un miedo terrible de que me roben los húngaros
que hacen peroles negros y duermen en colchones de
[paja.

En 1963 se te puso fea la cara y de un tranco te de-
[rribó la muerte.
Pude verte el asombro de un doce de octubre de mil
[cuatrocientos noventa y dos,
cuando te pusieron en la caja con un vestidito azul.
Sentí nostalgia por tus cuentos que siempre termina-
[bas y "me monto en un potro para que me cuenten
[otro. . ."
Porque fuiste especialista en princesas encantadas y
[príncipes de lejanas tierras.
Siempre me gustó la flor del olivar,
pero con el cuento que te conservo "fija, sin tregua,
[a toda hora",
es con el justo juez de la noche.
Vivirás circulando en mi memoria sin figura de gente,
[pero estarás ahí.

Y tu recuerdo arderá en cualquier objeto simple,
[como el jabón o un rebaño de cabras.

Extranjero en mi propia infancia.
Mundo borroso, negro por el susto y la palabra cal-
[cada
de las carretas con toldo rumbo a la estación.
El mismo año en que una muchacha negra
baila jazz en un bar de Chicago,
salto como un alcaraván en los patios lluviosos
donde se pudren los cujinicuiles.
Viajo con el corsario negro y los fuegos de San Telmo
[en el mar Caribe,
y emerjo en mil novecientos cincuenta como un topo
que ve la luz
o el vestido blanco de una tía que no tuvo marido y
con los primeros síntomas de una enfermedad incura-
[ble,
aplacada con polvo de armadillo
y agua de alhucema.
El misterio empieza a ver los gallos
comiendo alacranes entre la leña negra,
oyendo palabras
dichas en voz baja a la salida de las alcobas.
Palabras que van en mi memoria desbocadas.
Analizando mientras nos sale el bozo
y sentimos la primera erección del sexo.

Todo visto con una luz difusa
como un pellizco en la mejilla o un sermón de domin-
[go.
Huyendo de la gente como una bestia enferma
que nunca ha visto llover.

Me veo temblando por la fiebre en la cama oxidada;
[temblando de pavor
ante el aire que llega de visitar las ciudades.
Enterrando la cabeza entre las sábanas, ante la venta-
[na que vela
con sus largos colmillos y muestra la ciudad (levan-
[tada por Topilzín
Acxitl, en fecha lejanísima). Con un monumento a
[*las glorias de la patria;*
una iglesia de leche, reventada de siglos y tumbas
[mitradas;
una ronda donde hervían cebollas los gitanos en 1940;
una estatua sin sexo, y la luna cayendo con su vieja
[costumbre sobre los patios blancos.

Poner un alfiler en un paisaje de colores chillantes,
como frutas ácidas.
Llenarse la boca de agujas de vitrola

y contemplar una columna de monedas de oro
apiñadas por unas rubias
que huelen a condado de Richmond.
Ventanas de los grandes suburbios
y carros de 1920.
Niñitas jugando con la boca sucia
y un capitán de barco
hablando de su muerta preferida
junto al retrato del hombre de las nieves.

Mi infancia se llenó de coleópteros, puertas entorna-
[das, y canciones de María Grever.
De fantasmas de todos los siglos. Ojos hacían falta
[para
verlos en la oscuridad de los balcones o en la soledad
[interior de los armarios.
Espantapájaros y huevos de culebra
reventaron en mis manos como gárgolas o flores agri-
[dulces.
Luego pasé de la dicha a la costumbre
y con una de las mejores armas le di muerte al en-
[canto.
Le pegué al pasado con la furia de una máscara de
[barro, selló puertas
y miedos y me fui con la cara del regreso,
con las manos volteadas hacia la oscuridad y el re-
[cuerdo.

Desde pequeño debí marcharme de casa. Rodar tierra,
[correr mundo.
Llenarme los ojos de humo, de estiércol;
dejar que una querida me enseñara los secretos del
[sexo y me tatuara el cuerpo de aventuras.
Por 1950, debí irme a la India;
bañarme desnudo como príncipe en 109 antes de
[Cristo y haber hecho un poema que me valiera un
[reino junto al Mar Rojo.

Me desperezaba a las seis de la mañana y me iba a
[mitad de la finca
a destripar caracoles o recoger manzanas pedorras o
[tal vez
capulines y pasaba frente a mi tía muy templado —así
[le llamaba
ella al modo de andar que por ese tiempo me había
[inventado—
y entre dientes me llamaba *verde,* lo que le valía
una mordida en los brazos o en las nalgas.
Luego me quedaba jugando con la caca de los pájaros
en el patio —redondito como una moneda—.
Con la caca de los pájaros hacía volcancitos.
En ese tiempo yo era muy chiquito y no podía sentar-
[me en el cajón
del excusado,

pero a pesar de mi edad los vecinos juraban que no
[podían verme
ni pintado...

Heredo de mis padres el orgullo de ponerme un can-
[dado en la boca
y de burlarme cuando me dé la gana.
Sólo a ellos debo el movimiento de las manos
y la torpeza de caminar con un hombro inclinado.
Tengo palabras bárbaras heredadas de un pasado bár-
[baro.
Cuando pequeño me raptaron del juego
y me llevaron con la cara sucia y una voz de ópera
[italiana
a visitar las casas del pueblo.
En ese tiempo, cantaba a la salud de una virgen que
[tiene un dedo pálido en la boca.

SEGUNDA PARTE

DEL AMOR

El año que te conocí había muerto la tía del cuento
[y tú
llegabas de un paraíso, donde el coyote vive con los
[dientes quebrados
y el culo quemado.
Empecé a conocer el color de tu vestido mirándote
[sin pausa,
sin miedo; adivinando el vello de tu mano, recorrién-
[dote
como una ciudad extranjera.
Cerraste el libro y Pestalozzi se borró de tus ojos.
Vivimos el instante de un puente bombardeado y el
[aire separado

como un cielito, se llenó de ilusiones, de fechas de
[nacimiento,
de recato de conventillo.
El extraño despertaba en ti un recuerdo y el extraño
[te miraba
los ojos. Había un quehacer de palabras bonitas y
[miedo que se juntaban
con un diploma de tu tío dado en 1920,
al escribir la "historia de un ruidito" o quedarse mi-
[rando un zaguán
abandonado después de la guerra.
Perdimos la primera palabra y nos tomamos la mano
como gitanos que se leen el porvenir,
supimos que teníamos que morir juntos; después nos
[besamos
y te llené la mejilla de saliva y oficiamos el amor
como descendientes gloriosos de una tribu de amantes.

II

Te inventé oliendo un poco a esas santonas de pueblo;
con un nido de arañas en la cabeza y la piel de las
[mujeres de Picasso.
Te inventé tejiendo y destejiendo,
las manos arrugadas como un espejo sucio;
te vi en un mapa antiguo lleno de tritones surcando
[los mares
con orgullo barroco.
Te inventé de porcelana guardada en un baúl hace un
[centenar
de años; dibujada en un muro con la boca cerrada
[color café con leche.

En los primeros meses te encerraba en la mano hasta
[ahogar
tu mirada de pastora demente;
inventé tu embarazo y gustaba de arañarte las venas
y poner herraduras en tu ombligo.
A los diez años te lloré zambullida en la leyenda de
[los Mistericucos,
con las piernas desnudas bajo una mesa roja...

COMO SI VIVIERAMOS ANTES

sentados en este banco de madera como si viviéramos
[antes
o el año que derrocaron al señor presidente
sin dejar de pensar en el chocolate hervido a las tres
y perdidamente colgado de tus ojos saludando con
[enormes
reverencias las luces aceitosas de los árboles te dijera
te amo
hubiéramos ido a la carretera por donde pasaran los
[soldados
en traje de campaña
tus labios haciendo mitología con el viento me be-
[saran

a escondidas como una gran dama
te hubiera dicho mi tío es aquel de ocho medallas y
[botas
con estiércol me abrías perdonado a la caída del
[crepúsculo
con gentil continente
muchos soldados que habrían de morir al alba como
[huevos
pasados por agua respirarían en tu vientre
tu cabello sería hermoso como una piel de ardilla
[mientras
almorzábamos entre la caña de azúcar y tus ojos
registraban la ciudad
dejaremos que el soldado aniquile la flor de las cas-
[tañas
y que se orine sobre las violetas porque en ese tiempo
estamos en guerra y tú podrías cortarte el pelo si
quisieras porque serías una amada de gesto loco y
[piernas
duras como frutas
volverías a cerrar la puerta con su ruido borracho y
[olerías
menos salvaje que los podridos vegetales
caminarías sin nada en la cabeza y tus cabellos sal-
[tando como
lenguas de anfibio enloquecerían a los insectos
todo eso pasaría si viviéramos antes pero nunca
[después.

DE MADERA TU AMOR

Es tu hermana gemela la madera.

Huele como tu boca,
como tu axila tiene montes extraños.

De madera el color de tu piel,
tus huesos dulces como caminos de leche.

De madera tu silencio.

De cósmica madera los ríos de tu cuerpo.

De madera las uñas de tus manos,
de madera transportada por una noche de amor.

Tu ombligo de madera labrada,
la curva de tu cuello.

Tus pestañas cautivas por maderas oscuras.
De madera tu amor.
Besos y abrazos y manos de madera.

Año 1965.

MIENTRAS RODABA EL PERRO

mientras soplaba el viento hinchado por el agua
mirabas la tristeza en que yacen los caminantes.
de la pared, que rodea el asombro y devora la hormiga
se fugaba la luz.
tu pelo huía hacia el inédito vientre de los bosques
mientras rodaba el perro lejano como un río.
en tu boca repleta por la noche
hervían los fantasmas.
La soledad golpeaba nuestra mano y a nuestra espalda
dormíase el camino
como una gran ciudad.
empezaba la fuga de los pájaros
y hacia el norte se iba la fuerza de la lluvia.

AMOR

Tu amor viene y se queda agazapado
revuelve la mañana
    ronronea
hace hervir la marmita
limpia mi corazón.

La pobreza enfurece nuestra voz
    pero eso pasa
vuelve a recordarse la forma en que nos vemos
el silencio que arrullas

    cuando cantas en la madrugada
y haces coro junto a mi boca

cuando te leo el diario del Ché
o te hablo de *Topilzín-Acxitl*
el que fundó tu ciudad
natal.

HOMENAJE A TUS TRANSFIGURACIONES

Se abre la puerta en homenaje a tus transfiguraciones
[a la leyenda
de tus palacios de madera a tus manos comidas por el
[agua en un
envaginamiento amoroso a los hermosos dibujos de tu
[cuerpo alejados
del rumor del paraíso a la manía de tejer las buenas
[costumbres y de leer a Michaux
a tus ojos que se llenan de animalitos de amor en que
[abunda la risa
hoy puedes ver mi semblante de forajido e ilusionarte
[con los fantasmas

de Bergman y hacer morir tu vida cotidiana
porque existe una historia que pudo ser la nuestra
[pero una cita
de Blake la redujo a cenizas.

ERES CIUDAD DE POCOS HABITANTES

amarte es como entrar a una ciudad de pocos habi-
[tantes
como esperar que la tarde se cubra de anuros o surja
[el cementerio
submarino pero nos amamos en una fase eterna
tu piel curtida de amor y alborotada en pequeñas
[gotitas
mojando los campos en el viejo reino de la semilla
amarte es como entrar a una ciudad de pocos habi-
[tantes
y alborotar el plumaje de los conejos tras la cerca
y encender las linternas de las naranjas cubiertas de
[animales salvajes.

SE PUEDE DECIR

se puede decir que bajas de una trastienda oscura y
[encuentras mujeres
feas que han hecho sufrir a sus amantes mujeres con
[pelucas como las
piezas de ajedrez o los dulces mestizos. De esa época
se transportan las palabras como viejas cosas de
museo cantadas por los noveles aventureros
pero este mundo es viejo para los pastores y los piratas
para los sajones camuflageados que edifican las cárceles amarillas en otras partes del mundo donde abundan los monstruos con el vientre
salido. . .

TERCERA PARTE

OTROS POEMAS

LAS VISITAS

la ceniza de su padre le salía por la boca como duen-
[decillo
sin humanidad
su corazón estaba viejo de tanto ladrarle a las lilas a
[las
fronteras de sus antepasados cubiertos por la meta-
[morfosis
pero la memoria asistía a la invasión de los rostros
las risas y los gestos malhumorados de las bellas osa-
[mentas
cantaban las balas espantosamente y los corazones
[exhalaban
mortales aromas

el miedo corría en manada por la piel oyendo el esta-
[llido de
las sienes como besos que arden
y los héroes fabulosos con sus cañones antiaéreos
y sus culos apretados como ojos de caracol
y la sombra de los aviones enroscando su caligrafía de
[huevos
amargos y las moscas atestiguando pasados esplendores
y echando culatas a la muerte.

En este tiempo el gargajo puede ser una bellísima
[consonante.

GUERRAS DE MI PAIS

En mi país hubo una guerra donde parieron los fusiles
su huevo de sombra
y los aviones de mil novecientos cuarenta
pasaron secando la leche de las cabras
todo fue mayúsculo y los pequeños gestos se volvieron
dorados
en mi país hubo una guerra
con generales y campos de batalla
con héroes y antihéroes
con sangre
y despedidas llorosas a la puerta de las habitaciones
con asalto a bayoneta calada
y ametrallamiento de niños y mujeres

en mi país hubo muchas guerras
(y las balas eran ríos aéreos)
en mi país hubo muchas guerras
pero ésta sí la vieron mis ojos
y la sintieron mis nervios
y la palparon mis sentidos
en mi país hubo la guerra de independencia
y la guerra de Anastasio Aquino
y la guerra de los confederados
y la guerra de los idealistas
y la guerra del 32
y la guerra de las cien horas
y la guerra de los guerreros
y nunca hubo vencedores ni vencidos
sólo mujeres sin seno
hombres sin testículos
niños con la lengua de fuera
ovillados junto al terror
como una estatua antigua
como un terreno baldío
como el paisaje más triste de la segunda guerra.

1932

para siempre el recuerdo de la carne agujereada
y la tierra llena de moscas
de gente colgada en los postes del telégrafo
y amontonados a la orilla de la carretera
como animales
para siempre el recuerdo de cuchillos
pegados a la cintura
de la muerte que ronda con el secreto de las aves mi-
[gratorias
y desciende a la techumbre de los ranchos de paja
como una paloma de San Juan
esparciendo su voz como un guante de hierro de caba-
[llero

antiguo
sobre las costillas
o el fémur de todos estos muchachos muertos de ham-
[bre
que se levantaron en 1932
que apagaron las cocinas en la vieja heredad
y subieron a las ciudades para encender todas las luces
para siempre el recuerdo
de esos viejos, de esas mujeres,
de esos niños
que murieron con un ramo de tierra entre los labios.

INDICE

PAGINA

PROLOGO

Acabo de partir de mí mismo 11

PRIMERA PARTE

El espejo a lo largo del camino 17
Elegía 19

SEGUNDA PARTE

Del amor 37
Como si viviéramos antes 47
De madera tu amor 51
Mientras rodaba el perro 55

PAGINA

Amor 59
Homenaje a tus transfiguraciones 63
Eres ciudad de pocos habitantes 67
Se puede decir 71

TERCERA PARTE

Otros poemas 77
Las visitas 79
Guerras de mi país 83
1932 87

Se terminó de imprimir este Nº 3 de la Serie "Nuevapalabra", el 18 de agosto de 1971, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

tiene algo de brujería, algo cadejiano, con visos siguanabesco, su poesía; es decir la que se ofrece en el presente volumen. Libro premiado en Venezuela con un primer lugar. Pero hablar de eso es no decir lo que tiene para mí la poesía de Chema Cuéllar, Poeta, así con mayúscula, a pesar de los escasos años —y difíciles— que ha logrado sobrellevar. Escribir sobre él al quiebre de la medianoche, y sobre todo en una maquinilla-de-escribir que él obsequióme, vale para mis vecinos casi un pacto con el cadejo, pues me consta que sienten escalofríos y vigilias hasta que suspende el taca-taca-taca de esta máquina brujística en la que precisamente se escribió "Crónicas de Infancia". Y no es que Chema sea brujo, ni tampoco yo, lo que sucede es que leyendo ese libro me fui de viaje de golpe a esa infancia, a esas vivencias que yo no tuve, pues desgraciadamente soy un *niño-capitalino* que no vivió leyendas, cuenteretes abuélicos, ni sortilegios, ni amuletos. Y es ese mundo en el que me sumergió el libro chémico. Libro cerámico, ilobásquico, pleno de poesía en verso libre, tan libre que a veces se torna amargo, como la verdad vivida por Cuéllar. No soy crítico; pero tal vez profeta: "Afortunado el que lea este libro. Desafortunado el Poeta Cuéllar por haberlo escrito, ya que como todo poeta verdadero, nunca estará satisfecho".

La Tierra, siglo XX.

Ricardo Castrorrivas.